

## *El secuestro del deseo*

La mutación del capitalismo en las últimas dos décadas ha corrido el centro de gravedad de la acumulación desde la fábrica, el mercado y el sistema financiero hacia un territorio más íntimo y menos visible: la atención humana. Este desplazamiento no constituye un fenómeno lateral ni cultural, sino el núcleo mismo de un nuevo régimen de poder que articula plataformas digitales, algoritmos predictivos y una economía extractiva orientada a la captura sistemática del tiempo de vida.

El capitalismo industrial necesitó disciplinar cuerpos; el capitalismo financiero necesitó gobernar expectativas; el orden emergente, que diversos autores han caracterizado como tecnofeudalismo, necesita colonizar sistemas nerviosos. Yanis Varoufakis ha señalado con precisión que, tras la crisis financiera de 2008, el capitalismo dejó de organizarse prioritariamente a través de mercados competitivos para hacerlo mediante la extracción de rentas desde plataformas cerradas, propietarias de infraestructuras digitales que funcionan como feudos. En este esquema, Amazon, Google, Meta o Apple no operan como empresas que participan en un mercado, sino como arquitectos de entornos donde otros actores —productores, anunciantes, usuarios— solo pueden existir pagando tributo. Ese tributo adopta una forma novedosa: no se mide en horas de trabajo asalariado, sino en segundos de atención capturada.

### *Ingeniería del deseo y dispositivos neurotécnicos*

Este giro histórico no es abstracto ni meramente económico. Se apoya en una ingeniería de precisión que interviene directamente sobre la biología del deseo. El sistema nervioso humano, moldeado por milenios de evolución en contextos de escasez informativa, se encuentra súbitamente expuesto a un entorno de hiperestimulación diseñado artificialmente. Las plataformas digitales contemporáneas no son simples medios de comunicación: son dispositivos neurotécnicos que acoplan algoritmos de aprendizaje automático con los circuitos dopaminérgicos del cerebro. El llamado “scroll infinito”, hoy naturalizado como gesto cotidiano, constituye una de las innovaciones más eficaces de esta ingeniería conductual.

Desde el punto de vista neurobiológico, el scroll infinito explota un principio bien documentado por la psicología conductista y la neurociencia: el refuerzo de proporción variable. Este mecanismo, estudiado originalmente por B. F. Skinner, demuestra que los

organismos muestran una persistencia conductual mucho mayor cuando la recompensa es impredecible. Cada deslizamiento del dedo activa una expectativa incierta: el cerebro no sabe qué estímulo aparecerá a continuación, pero la posibilidad de una recompensa emocional basta para generar una descarga de dopamina en el núcleo accumbens. Investigaciones lideradas por Nora Volkow han mostrado que este mismo circuito está involucrado en las adicciones químicas, lo que permite comprender por qué el uso intensivo de redes sociales produce patrones de compulsión y tolerancia.

### ***Reconfiguración cognitiva y deterioro del control ejecutivo***

El impacto de este proceso no se limita a estados subjetivos de distracción. Estudios de neuroimagen han documentado alteraciones estructurales asociadas al consumo intensivo de medios digitales. Loh y Kanai encontraron una correlación significativa entre el multitasking mediático y la reducción de densidad de materia gris en la corteza cingulada anterior, región clave para el control ejecutivo, la regulación emocional y la toma de decisiones a largo plazo. Esta evidencia respalda la hipótesis de que la economía de la atención no solo explota capacidades cognitivas preexistentes, sino que reconfigura materialmente el cerebro humano.

La inhibición funcional del córtex prefrontal durante sesiones prolongadas de consumo digital ha sido observada en múltiples estudios. Esta región, responsable de la planificación, la reflexión y el juicio moral, es metabólicamente costosa y tiende a desactivarse cuando el sistema límbico es hiperestimulado. El resultado es un estado de suspensión cognitiva en el que el sujeto pierde la noción del tiempo y reduce su capacidad de autorregulación. En términos fenomenológicos, es una transición desde la lectura profunda hacia un procesamiento superficial y fragmentado.

### ***Fragmentación atencional y fragilidad democrática***

Esta fragmentación cognitiva tiene consecuencias políticas de gran alcance. La capacidad de sostener un pensamiento complejo, de articular narrativas históricas o de proyectar futuros colectivos depende de circuitos atencionales estables. Cuando estos circuitos se erosionan, la experiencia social se atomiza en una sucesión de estímulos desconectados. El sujeto hiperestimulado se vuelve reactivo, no deliberativo; emocionalmente intenso, pero políticamente frágil. Nuestra atención no es solo un recurso psicológico, sino una condición previa para la libertad. La esfera pública resultante es hiperreactiva, polarizada y cognitivamente agotada.

Pero el carácter estructural de este proceso se vuelve evidente cuando se observa la integración vertical que caracteriza a las grandes plataformas. Estas corporaciones no solo diseñan aplicaciones y algoritmos; controlan capas enteras de la infraestructura material que sostiene la vida digital. Poseen cables submarinos, gestionan centros de datos de enorme consumo energético y participan en la producción de semiconductores y energía.

### ***Tecnofeudalismo, extractivismo y dependencia latinoamericana***

Para América Latina, esta arquitectura tiene implicancias coloniales evidentes. La región funciona como mercado cautivo de plataformas extranjeras, como fuente de datos y como territorio proveedor de recursos estratégicos para la economía digital, como el litio. Sin soberanía tecnológica ni control sobre infraestructuras críticas, los Estados enfrentan una doble dependencia: financiera y cognitiva. Los flujos de datos no generan encadenamientos productivos locales, sino que refuerzan un esquema extractivo donde el valor se realiza fuera del territorio.

El concepto de “plusvalía cognitiva” permite articular estas dimensiones. A diferencia de la plusvalía clásica, extraída del tiempo de trabajo, la plusvalía cognitiva se obtiene de la captura de procesos mentales no remunerados: atención, emoción, interacción social. Shoshana Zuboff ha descrito este proceso como capitalismo de vigilancia, subrayando que el producto central no es la publicidad, sino la capacidad de anticipar y modelar comportamientos futuros.

### ***Soberanía mental y conflicto político del siglo XXI***

En el régimen tecnofeudal, esta capacidad se transforma en renta. Las plataformas cobran por el acceso privilegiado a flujos de atención previamente capturados. No compiten por producir mejores bienes, sino por monopolizar canales de percepción. El algoritmo decide qué existe y qué permanece invisible. Esta lógica reconfigura la esfera pública y produce un estado crónico de estrés, elevando niveles de cortisol y debilitando los circuitos de introspección y memoria.

Este agotamiento no es un efecto colateral: es funcional al sistema. Un cerebro fatigado es más predecible, más manipulable y menos capaz de resistencia organizada. La disputa central del siglo XXI se desplaza así hacia la soberanía mental. Proteger la integridad del sistema nervioso colectivo se vuelve una tarea política fundamental. Recuperar la atención profunda, reconstruir espacios de silencio cognitivo y reapropiarse de la tecnología como herramienta emancipadora son condiciones necesarias para cualquier

proyecto democrático. La pregunta que queda abierta no es tecnológica, sino política: quién controla las infraestructuras que median nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos.